

UNO

LA CIUDAD PERFECTA / FALSOS ÁNGELES / EL DÍA DEL JUICIO FINAL

La primera estrella fugaz cayó en el corazón de la ciudad perfecta.

Los mercados nocturnos de la plaza siempre estaban abarrotados de gente y llenos de ruido, pero todo quedó en silencio cuando en el cielo aparecieron aquellas estelas llameantes y las estrellas cayeron al suelo en una deriva majestuosa.

Las multitudes se apartaron para formar un anillo alrededor del punto donde se esperaba que llegara aquello. Sólo cuando estuvo más cerca, la gente fue capaz de ver la verdad. No era una estrella en absoluto. No era de fuego, sino que lo exhalaba por las toberas de unos motores aullantes.

Una vez posado, del aparato surgió una nube de humo que apestaba a aceite quemado y a productos químicos ajenos al planeta. El casco de la nave tenía la forma de un ave rapaz, un cuerpo de depredador aéreo de color azul cobalto y oro mate. La panza todavía relucía con un brillo anaranjado debido al calor lacerante provocado por el descenso orbital.

Cyrene Valantion formaba parte de la multitud que se había reunido allí. Le faltaban sólo tres semanas para cumplir dieciocho años. Comenzó a oír susurros a su alrededor, y esos susurros no tardaron en transformarse en cánticos, y los cánticos en plegarias.

Un trueno retumbó en las calles y plazas cercanas, el rugido de unos motores poderosos y de unas toberas aullantes. Más de aquellas estrellas que no eran estrellas cayeron como lluvia del cielo. Hasta el propio aire vibraba con el zumbido de tantos motores. Cada bocanada de aire sabía a gas de escape.

El emisario de fuselaje oscuro llegado del cielo mostraba el símbolo del Águila Sagrada, ennegrecido por el paso a través de la atmósfera. Cyrene notó por un momento que la visión se le desdoblaba y que entremezclaba lo que estaba viendo en ese momento y lo que había visto en cientos de formas artísticas durante su niñez. No formaba parte de los fieles, pero reconocía aquella nave, que había sido representada en imágenes con tintas de colores brillantes en rollos de pergamino. Aquella imagen se repartía en todas las escrituras.

Supo de inmediato por qué los ancianos de la multitud estaban sollozando y cantando. Ellos también habían reconocido la nave, pero no gracias a las imágenes de los códices sagrados, sino porque, decenios atrás, ellos habían presenciado la llegada desde los cielos de los mismos vehículos.

Cyrene contempló cómo la gente caía de rodillas y alzaba las manos hacia el cielo estrellado mientras rezaba sollozante.

—Han vuelto —murmuró una anciana. Dejó durante un momento sus plegarias arrobadas y tiró de la vaporosa túnica *shuhl* de Cyrene—. ¡De rodillas, perra ignorante!

En esos momentos, toda la multitud estaba ya entonando cánticos. Cuando la anciana intentó agarrarla de nuevo de la pierna, Cyrene dio un tirón para librarse de la garra arrugada de la vieja.

—Por favor, no me toque —le advirtió Cyrene.

La tradición indicaba que no se debía tocar a aquellas que llevaban puesta la túnica roja *shuhl* sin que la doncella diera su permiso. Debido al fervor que la invadía, la anciana había hecho caso omiso de esa antigua costumbre. Arañó con las uñas la piel de la joven a través de la suave seda de la túnica.

—¡De rodillas! ¡Han vuelto!

Cyrene acercó una mano a la daga *qattari* que llevaba ceñida al muslo desnudo. La delgada hoja de acero decorado relució con un brillo ambirino bajo la luz de las llamas reflejadas en la nave espacial.

—No... me... toque.

La anciana soltó una maldición en voz baja antes de retomar sus plegarias.

Cyrene inspiró profundamente en un intento de ralentizar su frenético ritmo cardíaco. El aire le abrasaba en la garganta y le provocaba picores en la lengua debido al regusto del humo expulsado por las toberas. Así que habían vuelto. Los ángeles del Dios Emperador habían regresado a la ciudad perfecta.

No se sintió sobrecogida por una sensación de reverencia, ni tampoco cayó de rodillas para agradecerle al Dios Emperador la segunda venida de sus ángeles. Cyrene Valantion se quedó mirando la forma de buitre de la nave metálica mientras en la mente le ardía una pregunta.

—Han vuelto —musitó de nuevo la mujer—. Han vuelto con nosotros.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Cyrene.

Algo se movió en la nave sin previo aviso. Una gruesa puerta se abrió y una gran rampa se deslizó temblorosa sobre unos mecanismos hidráulicos chirriantes. El cántico de los adoradores resonó con más fuerza, acompañado de jadeos de sorpresa y de sollozos nerviosos. La gente entonó los cánticos de la Palabra, y los últimos que todavía estaban de pie cayeron por fin de rodillas. Cyrene fue la única que se mantuvo erguida.

El primero de los ángeles surgió de la nube de humo cada vez menos espesa. Cyrene se quedó mirando a la figura, con los ojos entrecerrados a pesar de la exaltación reverencial del momento. Un escalofrío helado le recorrió las venas.

Pronunció una sola palabra, como si la protesta susurrada de una única joven fuese capaz de detener de algún modo lo que estaba ocurriendo.

—Esperad.

La pesada armadura que el recién llegado llevaba puesta contrastaba con las imágenes de las escrituras. Carecía de cualquier clase de adorno formado por los pergaminos sagrados que deberían precisamente declarar en una serie de líneas de escritura elegante esa condición de sacralidad, y tampoco mostraba el color gris invernal de los verdaderos ángeles del Dios Emperador.

La armadura del individuo que había bajado era de un hermoso color azul cobalto, con unos rebordes de bronce tan pulidos que casi relucían como el oro. Sus ojos eran unas rendijas rojas en una máscara facial impenetrable.

—Esperad —repitió Cyrene, con más fuerza esta vez—. No son los Portadores de la Palabra.

Una anciana le chistó al oír aquella blasfemia, y luego le escupió en los pies descalzos. Cyrene no le hizo caso. No apartó la mirada del guerrero de armadura de color cobalto, que era distinto, de un modo muy sutil pero innegable, a las imágenes de las escrituras que se había visto obligada a estudiar cuando era una niña.

Los hermanos del ángel surgieron del interior de la nave y bajaron hasta la plaza. Todos llevaban puestas armaduras del mismo color azul y

empuñaban unas armas demasiado grandes como para que las pudieran sostener sin ayuda las manos de un ser humano normal.

—No son los Portadores de la Palabra —insistió, elevando la voz por encima de los cánticos.

Muchas de las personas arrodillas que la rodeaban le chistaron con vehemencia para que se callara o la maldijeron con fiereza. Cyrene tomó aire una tercera vez para pronunciar en voz bien alta aquella acusación, pero en ese mismo instante los ángeles se movieron al unísono de un modo inhumano y apuntaron con sus armas hacia la multitud de adoradores. Ver aquello la dejó de repente sin respiración.

El primer ángel les habló, y lo hizo con una voz ronca y profunda, filtrada a través de unos altavoces ocultos en la placa facial del casco.

—Gentes de Monarchia, capital de Cuarenta y siete Diez, oídmelo bien. Nosotros, los guerreros de la XIII Legión, hemos jurado llevar a cabo esta tarea, y estamos obligados por el honor a cumplir con nuestro deber. Venimos a traer el decreto del Emperador al décimo planeta sometido a la voluntad del Imperio por la acción de la 47.^a Flota Expedicionaria de la Gran Cruzada de la humanidad.

Mientras el guerrero decía todo aquello, la docena de ángeles que lo acompañaban no dejó de apuntar a los ciudadanos arrodillados.

Cyrene se fijó en que las bocachas de las armas presentaban un aspecto similar al del fuselaje de la nave con forma de buitre, ya que habían quedado ennegrecidas por los disparos de unos proyectiles de enorme tamaño.

—Vuestro acatamiento al Imperio de la Humanidad se ha mantenido durante sesenta y un años, y es con terrible pesar que el Emperador exige que todos los ciudadanos abandonen Monarchia de un modo inmediato. Vuestros líderes planetarios recibieron la misma orden hace tan sólo unos momentos. Esta ciudad debe quedar evacuada dentro del plazo de seis días. Vuestros líderes planetarios podrán enviar una única señal de auxilio el último día de ese plazo.

La multitud se mantuvo en silencio, y sus miradas mostraron una confusión y una incredulidad que sustituyeron a la reverencia que se había apoderado de sus rostros. El líder de los ángeles pareció captar la pérdida de atención de la multitud, por lo que apuntó el arma hacia el cielo y abrió fuego una vez. El disparo resonó con el rugido retumbante de un trueno en el centro de un valle. El estruendo fue ensordecedor en mitad de aquel silencio.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo

día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

—¿Adónde iremos? —gritó una voz de mujer en mitad de la anonadada multitud—. ¡Éste es nuestro hogar!

El primer ángel se volvió y apuntó su arma directamente hacia Cyrene. La joven tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que había sido ella quien había hablado. Los que la rodeaban tardaron mucho menos tiempo en echar a correr y salir huyendo, lo que la dejó en un aislamiento repentino.

El ángel repitió las mismas palabras, con un tono de voz neutro que no se diferenció en absoluto del que había utilizado momentos antes.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

Cyrene tragó saliva y no dijo nada más. La muchedumbre estalló en una serie de gritos e imprecaciones. Una botella se estrelló contra el casco de uno de los ángeles y se convirtió en una lluvia de trozos de cristal. Un numeroso grupo de personas comenzó a gritar exigiendo respuestas, y Cyrene se dio media vuelta de inmediato y echó a correr. Allá donde la muchedumbre no estaba huyendo se abrió paso a empujones a través del gentío.

El tableteo rugiente de las armas de los ángeles comenzó unos cuantos segundos más tarde, cuando los mensajeros del Dios Emperador abrieron fuego contra la muchedumbre enfurecida.

Tres días más tarde, Cyrene todavía seguía en la ciudad.

Al igual que muchos de los habitantes que consideraban a Monarchia su hogar, la piel morena de Cyrene era un legado de la vida que sus ancestros habían pasado en los desiertos ecuatoriales, y sus atractivos ojos eran de un marrón claro parecido al de la madera de caoba. El cabello castaño iluminado por el sol le caía como una cascada de rizos sobre los hombros.

Al menos, así era como sus amantes más devotos la describían.

Ésa era la imagen que tenía en la mente, aunque no era eso lo que veía en el espejo cada vez que se miraba. Tenía los ojos rodeados por un cerco oscuro producto de pasar dos noches sin dormir, y los labios estaban agrietados por la deshidratación.

No llegaba a comprender cómo era posible que la situación hubiera llegado a aquel punto. La resistencia a los invasores había sido feroz a lo

largo de la hora aproximada que había durado. La mayor matanza se había producido en la puerta Tophet, cuando las protestas se convirtieron en una revuelta, y la revuelta se transformó en un campo de batalla. Cyrene lo contempló todo desde la seguridad que ofrecía una iglesia cercana, aunque lo que vio no tenía explicación: ciudadanos abatidos y masacrados, y todo por un crimen como era atreverse a defender sus hogares.

Un tanque de color cobalto y bronce disparó contra la puerta Tophet, y aunque la matanza era una tragedia, aquel acto era una pura profanación. El tanque avanzó aplastando a los muertos bajo las cadenas y lanzó una andanada contra la gigantesca estructura. Los destellos de los disparos de los cañones dejaron una marca dolorosa en la vista de Cyrene, pero ella siguió mirando a pesar de todo, incapaz de apartar los ojos.

La puerta Tophet cayó, y su masa marmórea se despedazó en fragmentos al estrellarse contra el suelo de la plaza. Toda una fortuna en piedra blanca y pan de oro, todo un monumento a los verdaderos ángeles del Dios Emperador, quedó destrozado por unos invasores que proclamaban ser leales al Imperio.

Cyrene distinguió entre los escombros los cuerpos inmóviles de las estatuas que habían sido derribadas de la fachada de la puerta destruida. Las conocía muy bien, porque había acudido muchas veces al mercado de medianoche en la plaza Tophet. En todas y cada una de aquellas ocasiones, los ángeles de mármol la habían observado desde sus elevados puestos tallados en la superficie de la puerta. Sus ojos rasgados sin expresión alguna la habían contemplado sin parpadear. Las armaduras sin alas estaban talladas en la piedra pulida con una habilidad artística maravillosa. Aquellas imágenes no representaban a los falsos ángeles emplumados del antiguo mito de Terra, sino a la encarnación de la virtud, a los ángeles de la muerte formados a partir del temible aspecto del propio Dios Emperador. Sus sombras, sus hijos, los Portadores de la Palabra.

Las siluetas de los herejes flotaban difusas en el polvo mientras se acercaban al tanque.

—Los reyes guerreros de Ultramar —musitó Cyrene en ese momento—. La XIII Legión.

Todos eran unos blasfemos. El hecho de que se parecieran a los Portadores de la Palabra no hacía más que reforzar su impureza.

Las comunicaciones planetarias estaban completamente desconectadas. Un vendedor callejero le había contado que los invasores habían destruido todos los satélites de Khur antes de bajar atravesando las nu-

bes. Fuese o no cierto, la comunicación con las demás ciudades, incluso entre los distintos barrios de Monarchia, sólo era posible mediante el boca a boca.

—Se rebelaron en el distrito Quami —le había insistido el vendedor—. No ha sido sólo en Tophet. También en Gulshia. Han muerto cientos, quizás miles de personas. —Se encogió de hombros como si todo aquello no fuera más que una curiosidad—. Me voy esta misma noche. No tenemos ninguna esperanza si nos enfrentamos a esos demonios, *shuhl-asha*.

Cyrene no le contestó, aunque sonrió ante el uso educado del título arcaico de su profesión, pero ¿qué podía decirle? Los invasores habían rodeado y bloqueado por completo la ciudad. Era imposible que las semillas de la rebelión echaran raíces en semejante terreno baldío.

El éxodo de los habitantes de Monarchia comenzó distrito por distrito después de aquellas primeras purgas. Una vez se abrieron las puertas, el flujo incesante de ciudadanos surgió en tromba de la urbe.

Para cuando llegó la noche, la evacuación estaba completamente en marcha. Los ciudadanos más acaudalados de Monarchia, la mayoría de ellos pertenecientes a los funcionarios de mayor rango que actuaban como portavoces de la Palabra, disponían de sus propios medios de transporte, y abandonaron la ciudad en dirección a las propiedades residenciales que tenían en otras ciudades. El amanecer de Monarchia estaba repleto de aeronaves que se alejaban en dirección a lugares más seguros transportando a los ricos, a los poderosos, a los que eran económicamente vitales y a los iluminados espiritualmente a refugios situados en otras partes del planeta.

Cyrene todavía no se había marchado. Lo cierto era que todavía no estaba segura de si lo haría. En esos momentos se encontraba en el balcón de su cápsula habitable de la segunda planta, una estancia a mitad de camino entre un dormitorio y una celda monástica en el bloque de apartamentos Jiro, en una de las zonas más baratas de la ciudad.

Las torres de megafonía bramaban una y otra vez su mensaje:

—«Existen unos límites estrictos de peso en los objetos personales que se pueden llevar a bordo de la nave de evacuación. Todos los residentes del distrito Inaga deben dirigirse de inmediato al espaciopuerto de Yael-Shah o a la puerta de Comercio Duodécima. Existen unos límites estrictos de peso en...»

Cyrene hizo caso omiso de los avisos y se quedó contemplando a la gente que avanzaba en manada por las calles y que prácticamente cortaba

el tráfico debido a su lento ritmo de marcha. Allí, al final de esa misma calle, uno de los guerreros de la XIII Legión dirigía a la masa de gente como si no fuera más que ganado. El falso ángel empuñaba la misma arma que sus hermanos, un gigantesco rifle capaz de disparar munición explosiva.

Cyrene se asomó por la barandilla del balcón y contempló con detenimiento la eterna imagen del opresor y del oprimido, de los conquistadores y los conquistados. Su distrito debía quedar evacuado como muy tarde la mañana del día siguiente. El proceso era forzado y laborioso, y sobre los silenciosos ángeles falsos recaía un gran número de maldiciones y de lamentos.

—«Existen unos límites estrictos de peso...» —repetían retumbantes una y otra vez los altavoces de las torres.

Aquellas torres de comunicación se utilizaban antaño para llamar a la oración tres veces al día a lo largo y ancho de toda la ciudad. Emitían palabras de tolerancia y sabiduría a todos aquellos que cobijaba la urbe. El carácter sagrado de esos artefactos había quedado pervertido, ya que en esos momentos servían como transmisores de las órdenes de los invasores.

Cyrene se percató demasiado tarde de que la habían descubierto.

El aire se espesó y se volvió más caliente debido al chorro de unos motores cuando un aerodeslizador pequeño flotó sobre la calle a la altura de su balcón. Se trataba de un vehículo para dos ocupantes, con los costados formados por placas de blindaje inclinadas de color azul. Se mantenía en el aire sostenido por el empuje de unas turbinas que emitían un fuerte zumbido. Los falsos ángeles sentados en su interior revisaron con la mirada las ventanas del segundo piso de los diferentes edificios a medida que pasaban a su lado.

El estremecimiento que recorrió a Cyrene amenazó con convertirse en un temblor incontrolable, pero ella se mantuvo firme donde se encontraba.

La aeronave se acercó flotando. Las palas de los rotores expulsaban chorros de aire caliente de los motores antigravitatorios del vehículo. El falso ángel que iba sentado en la posición de artillero se inclinó hacia adelante y accionó un mando que llevaba en la gorguera de la armadura.

—Ciudadana. —La voz del comunicador del guerrero sonó como un ladrido por encima del zumbido de los motores del aerodeslizador—. Este sector está siendo evacuado. Baje inmediatamente a la calle.

Cyrene inspiró con fuerza, y no se movió.

El guerrero miró a su compañero, el piloto sentado a su lado, y luego se volvió de nuevo hacia Cyrene, que mantenía su actitud de tranquilo desafío.

—Ciudadana, este sector está siendo evacu...

—Ya lo he oído —lo interrumpió Cyrene con la fuerza suficiente como para hacerse oír a su vez por encima del zumbido de los motores.

—Baje de forma inmediata a la calle —le ordenó el guerrero.

—¿Por qué lo hacen? —les preguntó sin dejar de alzar la voz.

El artillero movió la cabeza en un gesto negativo, aferró las empuñaduras del arma de calibre gigantesco acoplada a la montura del vehículo y la apuntó directamente al pecho de Cyrene. La joven tragó saliva. La boca del cañón del arma tenía el diámetro de su propia cabeza. Hasta la última fibra muscular de su cuerpo se estremeció por el pánico y le suplicó que echara a correr.

—¿Por qué lo hacen? —exigió saber, y ahogó el miedo bajo la furia que también sentía—. ¿Qué pecado hemos cometido que nos ha mancillado tanto como para obligarnos a abandonar nuestros hogares? ¡Somos fieles al Imperio! ¡Somos leales al Dios Emperador!

Los falsos ángeles se mantuvieron inmóviles durante unos largos segundos. Cyrene cerró los ojos a la espera del inmenso martillazo que señalaría el fin de su vida. A pesar de la situación, notó que estaba a punto de sonreír. Era un modo insensato de morir. No quedaría nada que enterrar.

—Ciudadana.

Abrió los ojos. El guerrero había bajado el cañón del arma y la apuntaba hacia el suelo.

—El Emperador, amado por todos, ordenó a la XIII Legión que viniera aquí y es quien ha decretado todos nuestros actos. Míranos. Mira nuestra armadura, y las armas que empuñamos. Somos sus guerreros, y cumplimos su voluntad. Baje de forma inmediata a la calle y abandone el distrito.

—¿El Dios Emperador nos exige que abandonemos nuestros hogares?

El guerrero soltó un gruñido. Fue un sonido chasqueante y mecánico, que tan sólo sonó parecido a algo humano por la rabia que se adivinaba en él. Fue la primera emoción que notó en los invasores desde que llegaron.

—Baje inmediatamente a la calle. —El guerrero la apuntó de nuevo con el arma—. Ahora. La mataré ahí mismo si vuelve a pronunciar palabras tan necias como ésas sobre el Emperador, amado por todos.

Cyrene escupió hacia la calle.

—Me marcharé sólo porque busco la iluminación que proporciona la sabiduría. Descubriré la verdad que se oculta detrás de todo esto, y rezaré para que haya alguien que pague por ello.

—La verdad será revelada —le dijo el guerrero mientras el aerodeslizador se preparaba para alejarse—. Al amanecer del séptimo día, dé media vuelta y mire a su ciudad. Ahí encontrará la iluminación que busca.

Y llegó el amanecer del séptimo día.

El cielo cada vez más claro encontró a Cyrene Valantion de pie sobre una de las cimas de las colinas Galahe. Llevaba el vestido tradicional oculto bajo una chaqueta larga en la que se arrebujaba para protegerse del viento otoñal que soplaba con más fuerza a cada minuto que pasaba. El cabello le flotaba suelto bajo la fuerza del aire mientras contemplaba la ciudad sumida en un silencio absoluto, en una quietud absoluta. A lo largo de las últimas horas, varios borrones luminosos habían ascendido hacia el cielo nocturno. Cada una de aquellas manchas brillantes era una nave de desembarco de la XIII Legión, y todas regresaban a la órbita una vez se había acabado la misión de los guerreros que transportaban.

El sol llegó al horizonte con su lenta y eterna inevitabilidad. Una luz dorada y fría, a pesar de todo su suave brillo, se derramó sobre los minaretes y las cúpulas de Monarchia. Era una ciudad de una belleza sin parangón. Las puntas de sus diez mil torres se convirtieron en oro bajo el amanecer.

—Por la Sangre Sagrada —musitó la joven, incapaz de hablar en voz más alta, y notó la humedad tibia de las lágrimas en las mejillas. Pensar que la humanidad era capaz de crear semejantes maravillas... — Por la Sangre Sagrada del Dios Emperador.

La luz del cielo brilló con más intensidad, con demasiada intensidad y demasiado pronto. Apenas había comenzado el amanecer y la luz brillaba ya con la misma intensidad que al mediodía.

Cyrene alzó la mirada y vio con ojos llorosos cómo las luces del cielo se iluminaban con un segundo amanecer.

Vio caer el fuego del cielo. Unos rayos de una luz intensísima se clavaron en la ciudad perfecta procedentes de un punto situado por encima de las nubes. No pudo mirar aquello durante mucho tiempo. La potencia lumínica incomparable de aquellos rayos solares le arrebató la vista a los pocos instantes y la dejó sumida en la oscuridad mientras oía los sonidos provocados por la destrucción de la ciudad moribunda. El mundo

se estremeció bajo los pies de Cyrene, y la joven cayó al suelo. Lo peor fue que la vista le falló de forma intermitente antes de perderla del todo, y su última visión clara fue la de Monarchia destrozada, con sus torres desplomándose sobre las llamas.

Cegada y traicionada por el destino, Cyrene Valantion gritó a los cielos y rezó para que alguien pagara por aquello mientras la ciudad donde había nacido ardía hasta los cimientos.

II

LA ÚLTIMA PLEGARIA

«Portadores de la Palabra, escuchad nuestras súplicas.

»Unos ángeles falsos caminan entre nosotros, a vuestra imagen y semejanza, pero carentes de vuestra misericordia. Se hacen llamar la XIII Legión, los reyes guerreros de Ultramar, y sólo han pronunciado amenazas de masacres y pesadumbre desde que oscurecieron el cielo hace una semana. Sus guerreros han recorrido las calles de Monarchia obligando a sus habitantes a abandonar la ciudad. Aquellos que se resistieron fueron asesinados. Si el destino lo permite, serán recordados como mártires.

»Monarchia no ha sido la única. Otras dieciséis ciudades de todo el planeta han quedado vacías, completamente desprovistas de toda vida.

»Nos vimos forzados al silencio durante muchos días y no pudimos llamaros. La XIII Legión nos lo ha permitido en este momento, en las horas previas al amanecer. Han jurado destruir la ciudad perfecta con una tormenta de fuego en el mismo instante que hoy amanezca. Volved con nosotros, os lo suplicamos. Volved con nosotros y hacedles pagar esta injusticia. Vengad a los muertos y restaurad lo que desaparecerá cuando el horizonte se ilumine.

»Portadores de la Palabra, escuchad nuestras súplicas.

»Volved a nosotros, hijos del Dios Emperador, bendito sea su nombre. Volv...»

Primera y única llamada de socorro enviada desde Monarchia,
capital de Khur.

DOS

SOL SERRADO / DEVASTACIÓN /
AURELIANO

La venganza de Cyrene tardó dos meses en llegar. Fueron casi nueve semanas de atravesar de forma imprudente las mareas del antiespacio, de cruzar el immaterium sin tener apenas en cuenta la seguridad o el control. Perdieron naves, perdieron vidas, pero no perdieron el tiempo. La realidad retembló a su paso.

La primera nave salió de forma explosiva del immaterium impulsada por unos motores forzados al máximo. Al salir acelerada de la herida de la reentrada, pareció surgir de la disformidad como una lanza gris que dejara a su paso un rastro de plasma del color de la locura. Los motores rugieron con furia al rojo vivo en el silencio del espacio.

A lo largo de la columna dorsal del fuselaje se alzaban estatuas de mármol y oro que contemplaban el vacío estrellado. Los edificios de adoración blindados surgían de la superficie de la nave como carbunclos superpuestos. Los muros de esas catedrales estaban rematados por almenas, mientras que las docenas de templos menores estaban decorados con hileras de torretas de armas en sus puntos más altos. La nave, de aspecto y tamaño inimaginables, era más una ciudadela fortificada para la oración y el combate que una nave espacial.

La peligrosa aceleración que la impulsaba envió una oleada de temblores a lo largo de sus huesos metálicos, pero siguió sin frenar su avance. A su paso dejaba una estela blanco azulada procedente de las inmensas toberas de propulsión que habían tardado decenios en ser construidas y en las que habían trabajado miles de operarios durante millones de horas. La proa de la nave tenía forma de ariete colosal, y estaba rematada por una

figura de águila forjada con metales pesados que luego habían sido pulidos hasta mostrar un brillo plateado. El águila sostenía en sus garras la imagen forjada en acero de un libro abierto. El pico del ave también estaba abierto en un chillido silencioso. En sus ojos helados se reflejaba la luz de las estrellas.

Llegaron otras naves que desgarraron la realidad tras surgir de la disformidad como manchas grisáceas de menor tamaño. Fue una andanada de flechas que eclipsó a las estrellas que las rodeaban. Al principio fueron muy pocas, pero luego pasaron a ser una docena, luego una flota, y finalmente, una armada... Ciento dieciséis naves, una de las mayores concentraciones de fuerza que jamás se hubieran reunido bajo la mano de la humanidad. Y siguieron llegando más, que arrasaron la membrana que separaba ambas realidades al surgir del immaterium en un intento por mantener el paso de la gloriosa nave insignia.

La armada gris avanzó en formación dispersa. Las naves más lentas se colocaron en retaguardia mientras se acercaban hacia un planeta concreto de color verde y azul.

Un planeta que ya estaba rodeado por otra flota.

Una de las naves de la armada era una embarcación poderosa por derecho propio, pero quedaba empequeñecida por la nave insignia que marchaba en vanguardia. La nave era una barcaza de batalla llamada *De Profundis*. El nombre se traducía en gótico bajo como «Surgido del abismo». En el dialecto de Colchis, el planeta natal de la nave, se traducía a partir de las raíces protogóticas como «Surgido de la desesperación».

El estremecimiento que sacudía la estructura de la nave disminuyó a medida que se asentaba en el espacio real, y los motores espaciales relevaron a los impulsores de disformidad sobrecalentados. El capitán de la *De Profundis* se levantó de su recargado trono de mando mientras la nave se liberaba de las últimas ataduras del empíreo. El trono se alzaba sobre el centro de un estrado. Estaba fabricado de acero negro y marfil tallado, y tenía la superficie cubierta de rollos de pergamino con plegarias. En los peldaños que llevaban hasta el propio estrado se encontraban otras tres figuras, todas ellas con una armadura de combate de color gris granito. Ninguno de los guerreros apartaba la mirada del oculus visualizador que ocupaba toda la pared frontal.

La escena que se desarrollaba en aquella pantalla era propia de un caos sin parangón. La flota estaba perdiendo el orden y la cohesión antes incluso de entrar en combate con el enemigo, como si la ira que embarga-

ba a todos y cada uno de los capitanes se estuviera transmitiendo de forma directa a la trayectoria de sus respectivas naves de un modo absolutamente irracional, en un momento en el que era necesaria la mayor concentración posible.

La servoarmadura del señor del capítulo zumbaba cargada de energía, con todos los cables exteriores a la vista a lo largo de su recorrido hacia la mochila de energía que llevaba acoplada a la espalda. Aquella pieza estaba decorada de un modo mucho más profuso que la armadura de cualquier otro astartes, y en ella, el señor del capítulo Deumos mostraba sin pudor ni contención una declaración de todas sus hazañas. Los grabados minuciosos que mostraba en las hombreras eran, en realidad, escritura cuneiforme de Colchis, y en ellos se narraba en verso su lista de victorias y el número de enemigos muertos a sus manos. Sobre la hombrera izquierda, encima de la poesía de escritura cuneiforme, había un libro abierto esculpido en bronce con las páginas en llamas. Cada lengua de fuego era, en realidad, una pieza de hierro rojo tallado a mano que luego se había soldado artesanalmente al propio libro. Bajo la luz adecuada, las páginas de metal daban la impresión de arder con las llamas de hierro.

Un último detalle era el símbolo que rodeaba uno de los visores ópticos de color rojo del casco, cuya placa facial estaba forjada para que mostrara una expresión semejante a un gruñido. El símbolo era una estilizada estrella de bronce con el reborde exterior cubierto de pequeños pinchos. Este símbolo se repetía a lo largo de todo el casco y de los edificios situados a lo largo de la columna dorsal de la barcaza, lo que identificaba a la *De Profundis* como una nave perteneciente al capítulo del Sol Serrado. Cada una de las naves de la flota mostraba sus propios símbolos: el Trono Óseo, la Luna Creciente, el Látigo Enrollado... Un emblema tras otro que formaban un flujo continuo de imágenes. Allí, en la negrura del vacío, parecían los glifos de las piedras rúnicas esparcidas de un chamán cósmico.

Los ojos de todos los guerreros, los oficiales, los siervos y los esclavos estaban clavados en el planeta llamado Khur, y en la capital de aquel mundo, que antaño había sido visible desde órbita. En cierto modo, todavía lo era, aunque había quedado convertida en una mancha negruzca que oscurecía la cuarta parte de un continente.

Los rasgos del rostro de Deumos parecían tallados en un trozo de piedra metamórfica de la antigua cadena montañosa de Terra, el Himalayia, que no se encontraba muy lejos de donde él mismo había nacido doscientos años antes. Algunos individuos reían, y otros lo hacían a me-

nudo. Deumos no pertenecía a ninguna de esas dos clases de persona. Su sentido del humor era mucho más funesto.

Uno de sus lugartenientes, el capitán de la 7.^a, le dijo en una ocasión que su rostro cubierto de cicatrices era «la crónica de unas guerras que nadie quería librar». Deumos sonrió al recordarlo. Le gustaba que Argel Tal intentara hacer comentarios ingeniosos.

Deumos salió de su momentáneo ensimismamiento en el pasado y se concentró de nuevo en el occulus, pero siguió sin saber exactamente qué era lo que estaba viendo. El resto de las naves se habían desplegado en una formación de ataque diseminada, y muchas de ellas seguían acelerando. Las de escolta y de exploración estaban aminorando la velocidad de un modo evidente a medida que perdían el empuje que les habían proporcionado toda la potencia de los motores antes de desactivarse.

—¿Qué es lo que estoy viendo? —preguntó. A través del casco las palabras sonaron como un gruñido chasqueante—. Auspex, informa.

—Están llegando los primeros informes confirmados de los sensores.

Los oficiales que rodeaban la mesa de auspex de tres lados eran todos humanos, y sus uniformes eran del mismo color gris que la armadura del señor del capítulo. El de mayor rango, el maestro de auspex, se había quedado pálido.

—Veréis... señor...

El señor del capítulo volvió la mirada hacia ellos.

—Habla, y hazlo deprisa —le ordenó.

—Los datos que nos llegan sobre la flota enemiga que se encuentra en órbita geoestacionaria sobre Monarchia indican que son naves imperiales, señor.

—Así que es verdad. —Deumos miró con dureza al maestro del auspex, un oficial ya mayor con una voz potente que en esos momentos estaba ajustando con movimientos frenéticos los diferentes controles de la pantalla de tres metros cuadrados de tamaño—. Habla ya.

—Confirmado. Son naves imperiales. No son el enemigo. Una oleada de códigos de transpondedor emitidos de un modo activo ha inundado los sensores. Se están anunciando a toda la flota.

La tensión no abandonó a Deumos. En vez de eso, aumentó en su interior y le hizo recordar una vez más aquel mensaje enloquecedor: «Volved con nosotros. Se hacen llamar la XIII Legión. Volved con nosotros, os lo suplicamos.»

Deumos dejó que esa inquietud se hundiera en la región más tranquila de su mente. Tenía que concentrarse.

Siguió observando mientras más naves de casco gris disminuían de velocidad y en sus enormes toberas las llamaradas impulsoras reducían la potencia. Vio también que algunas naves viraban para apartarse del resto de la flota, lo que rompió la elegancia de la formación de ataque. Era evidente que aquellas maniobras las había provocado la duda. Ningún capitán sabía qué hacer con exactitud.

La letalidad perfecta y compartimentada de la formación de ataque se desvaneció por el hecho de que tantas naves estuviesen aminorando o virando para alejarse. La flota colosal que rodeaba la barcaza y que momentos antes estaba preparada para el combate se desorganizó y abandonó la formación de ataque. Realizó las últimas maniobras en conjunto como si aquello fuera un ballet espacial, pero aquellos movimientos finales se hicieron con una clara reticencia. Una vez más tuvo la sensación de que los capitanes de las naves estaban contagiándolas con sus emociones.

El planeta en sí estaba cerca, lo bastante cerca como para que la flota enemiga se encontrara dentro del alcance visual. A aquella distancia, las naves eran poco más que manchas oscuras que flotaban en órbita baja enmarcadas dentro de una espesa capa de nubes. Deumos se volvió hacia sus hermanos, sus lugartenientes, que se encontraban de pie en los peldaños que llevaban hasta el trono.

—Vamos a descubrir toda la verdad sobre este asunto.

—Este día acabará de un modo oscuro —vaticinó el capitán de la 7.^a, que tenía el ojo izquierdo rodeado por un sol serrado—. Todos sabemos la verdad, sabemos lo que han hecho nuestros hermanos. No hay explicación posible que aplaque la angustia que sufre el primarca. No hay aclaración alguna que apague su furia. Lo sabéis muy bien, señor.

Deumos asintió. Durante un momento se preocupó ante la posibilidad de que el *Lex* no disminuyera de velocidad, de que se lanzara como una flecha gris contra el corazón de la flota oponente abriendo fuego con todas las baterías de armas en una armonía de melodías mortíferas. Hermano contra hermano, astartes contra astartes.

Antaño habría sonreído ante la curiosa blasfemia que supondría semejante idea. Ni la sombra de una sonrisa se asomó a sus labios en esos momentos.

—Una transmisión —informó uno de los oficiales de comunicación desde su consola.

Por fin. Un mensaje dirigido a toda la flota con la única voz que importaba de verdad. La transmisión resonó por todo el puente de mando,

y la estática de los altavoces le hizo perder calidad, pero a pesar de todo la voz fue claramente reconocible.

—Hijos míos. —Ninguna distorsión podría ocultar el dolor y el afecto que emanaban de aquellas palabras—. Hijos míos, hemos llegado a Khur. Debemos responder a la última plegaria de Monarchia. Hoy contemplamos con nuestros propios ojos la ruina en la que nuestros hermanos han convertido a la ciudad perfecta.

Los cuatro astartes que se encontraban alrededor del trono de mando intercambiaron una mirada, aunque sus rostros permanecieron ocultos tras los cascos de la clase Mark III. Todos habían notado el temblor en la voz de su padre.

—Hijos míos —continuó el mensaje—. La sangre exige sangre. Tendréis las respuestas que buscáis antes de que acabe el día. Os prometo que...

El mensaje fue interrumpido. Una señal extremadamente poderosa se apoderó de todo el sistema de comunicaciones, e incluso tuvo la potencia suficiente como para ahogar las palabras del propio primarca de la legión.

La voz que habló a continuación era más profunda, más fría, e igual de sincera.

—Guerreros de los Portadores de la Palabra, soy Guilliman de la Decimotercera Legión, señor de Macragge. Se os ordena que descendáis de inmediato a la superficie del planeta y os reunáis en el centro de la zona devastada que antes se llamaba Monarchia. Las coordenadas serán enviadas de inmediato. Esta orden debe ser inexcusablemente obedecida. Vuestra legión al completo debe reunirse tal y como se ha ordenado. Eso es todo.

La voz calló y reinó el silencio.

Había casi cien individuos entre humanos, servidores y astartes en el puente de mando de la *De Profundis*. Ninguno de ellos pronunció palabra alguna durante casi un minuto.

El capitán de la Séptima dio media vuelta sin decir nada a los demás y cruzó la cámara. Las botas de la armadura resonaron con fuerza contra el suelo de plástiacero.

—Argel Tal.

Deumos habló por el comunicador del interior del casco. El visualizador le mostró el estado del capitán haciendo pasar los datos de biorritmos por el visor. Parpadeó en dirección a una runa periférica para desbloquear el visualizador táctico automático.

El capitán de la 7.^a se volvió e hizo el signo del águila sagrada sobre el pecho. Los guanteletes formaron el símbolo del Dios Emperador sobre la placa pectoral pulida.

—Voy a disponer a la 7.^a Compañía para que esté preparada para desembarcar en el planeta —le respondió el capitán—. Las respuestas que buscamos están en la superficie de Khur, en las ruinas de la ciudad perfecta. Quiero esas respuestas, Deumos.

El aire era espeso, cargado con el polvo y el humo que aún no se había disipado. El suelo era un desierto de ceniza negra, con franjas vitrificadas por el calor y grandes trozos de mármol fundido que reflejaban la luz del sol antes de quedar aplastados bajo las pisadas.

Argel Tal inspiró profundamente y captó el olor del aire filtrado por el sistema de reciclaje de la armadura. El sudor, el regusto químico de su propia sangre alterada genéticamente..., pero fue incapaz de sellar por completo la armadura. Cada inspiración llevaba consigo la traza penitente del hedor a azufre y a piedra quemada de la devastación que lo rodeaba.

No había quedado absolutamente nada en pie. El aire estaba cargado con las partículas de piedra, el resultado de la pulverización de un millón de edificios de mármol, y una capa de esas partículas ya estaba cubriendo la armadura de los Portadores de la Palabra que se encontraban en el centro de Monarchia. Los pergaminos de juramento y los papiros de oraciones unidos a las placas pectorales de cada astartes se volvieron de un color gris blanquecino por el polvo que se asentó sobre ellos. Argel Tal observó a sus guerreros, de pie en mitad de aquella devastación. Algunos rebuscaban entre los escombros sin un propósito definido, mientras que otros se limitaban a esperar, inmóviles. El capitán buscó en su mente las palabras adecuadas para un momento como aquél.

Fueran cuales fuesen aquellas palabras, no lograba dar con ellas.

El comunicador soltó un chasquido, y la runa que identificaba a Xaphen parpadeó en el borde de la pequeña pantalla de color rojo del interior del casco.

—Estuvimos aquí mismo hace seis decenios —afirmó Xaphen mientras se acercaba a su capitán. Su peculiar armadura de rebordes dorados había quedado convertida en una pieza de un único color gris por el polvillo que flotaba en el aire. El capellán de la 7.^a Compañía tenía por una vez el mismo aspecto que sus hermanos, y todos los guerreros parecían iguales entre los restos de Monarchia—. Ahora la ciudad se ha con-

vertido en nubes de polvo, pero hubo un momento en que nos encontramos exactamente aquí. ¿Lo recuerdas? —le preguntó Xaphen.

Argel Tal se quedó mirando el terreno devastado que antes ocupaba la ciudad y vio unos fantasmas alzarse entre la nube de polvo: las sombras de unos minaretes y unas cúpulas que habían dejado de existir.

—Lo recuerdo. Estamos la plaza pública del sector Inaga —le contestó el capitán. Luego señaló hacia el sur, aunque se mirara donde se mirase, sólo se veía el mismo paisaje desolado y arrasado—. Allí se encontraba la puerta Tophet, donde se reunían los predicadores y los comerciantes.

Xaphen asintió. Sobre el ojo izquierdo llevaba el mismo símbolo que Argel Tal: el sol serrado, la marca de un hermanamiento compartido. Llevaba un arma pegada a la espalda mediante un cierre magnético, un crozius arcanum, el arma ritual de su rango, la maza de guerra de todos los capellanes de los Portadores de la Palabra. La cabeza del arma había sido forjada con la misma forma que el símbolo: una esfera de hierro negro cubierta de pinchos e incrustaciones de plata.

La conversación, por llamarla de algún modo, se apagó por completo, hasta que aquel silencio incómodo quedó interrumpido por la llegada al planeta de otra compañía de astartes. Las cañoneras efectuaron el tramo final del descenso sobre las toberas rugientes antes de que los trenes de aterrizaje se anclaran en el suelo arrasado por el fuego. Lo normal hubiera sido que el hedor a llamas y a combustible quemado asaltara el sentido del olfato, pero en aquel lugar resultaba imperceptible debido al olor que desprendían las propias ruinas.

Se abrieron las rampas y las compuertas de las naves de desembarco, y otro centenar de guerreros con la armadura de la XIII Legión dieron sus primeros pasos por la ciudad muerta. La precaria formación de combate que guardaban se rompió casi de inmediato cuando los astartes se dispersaron mientras intentaban dar crédito a lo que estaban viendo. Argel Tal parpadeó sobre una runa de la pantalla interna del visor y se conectó de nuevo al canal general de comunicación. Los recién llegados, que mostraban el símbolo heráldico de la 15.^a Compañía, se transmitieron entre ellos la incredulidad y la rabia impotente que todos sentían. En sus placas pectorales se veía la imagen del montículo de cráneos humanos, el emblema del capítulo del Trono Óseo.

Argel Tal les dio la bienvenida en voz baja. Los guerreros que se encontraban más cerca de él lo saludaron en una muestra de respeto por su rango, a pesar de pertenecer a otro capítulo. Todos y cada uno de ellos

eran en cuerpo y alma Portadores de la Palabra. Eso era más importante que nada.

Las Thunderhawk siguieron pasando por encima de ellos. Las cañoneras no dejaban de buscar un trozo de terreno despejado en el que posarse. Cada vez era más difícil desplegar a la legión debido al gran número de guerreros que ya habían desembarcado y a las cañoneras que se habían quedado en el punto de aterrizaje. De este a oeste, de norte a sur, el cielo era una barahúnda de cañoneras rugientes y de chorros propulsores que hacían rielar el propio aire, sometido al empuje de los motores de las Thunderhawk, que rugían para mantenerse en el aire.

El cielo se ennegrecía cada pocos minutos anunciando el paso de un Stormbird. Aquellos enormes transportes eran capaces de trasladar compañías enteras, y su vuelo rugiente ocultaba momentáneamente la luz del sol.

Argel Tal caminó sin rumbo aplastando las piedras rotas con sus botas. Selló el sistema de ventilación de la armadura cuando se cansó de oler el hedor sulfuroso de la tumba en la que se había convertido Monarchia. La peste a roca fundida y a tierra quemada era penetrante, y el sentido del olfato del capitán, más sensible a causa de las modificaciones genéticas, estaba irritado ante la intensidad del hedor. Pasó a respirar el aire reciclado de los filtros internos de la armadura y siguió caminando.

El suelo era irregular, ya que estaba lleno de cráteres ennegrecidos provocados por el bombardeo orbital de los Ultramarines. Argel Tal notó cómo los pistones estabilizadores de la armadura y los giróscopos de gravedad se esforzaban por compensar esa irregularidad. Oyó los breves zumbidos de energía de los mecanismos de las rodillas y las espinilleras de la armadura cada vez que se adaptaban a las zonas desiguales del terreno.

Sabía que Xaphen lo estaba siguiendo sin ni siquiera consultar el rastreador digital de distancia incorporado a la pantalla interna. Por eso no se sorprendió cuando el capellán le habló de nuevo.

—Me siento igual que si hubiera perdido una guerra sin haber hecho un solo disparo —le dijo Xaphen por el comunicador—. Mira el cielo, hermano. Llega nuestro padre.

El cielo se ensombreció de nuevo, y Argel Tal alzó la mirada cuando el último Stormbird pasó por encima de ellos. El casco era dorado y reflejaba el sol del mediodía en un brillo cegador. La superficie del visor del capitán se oscureció para compensar el exceso de luz.

Bajo aquella claridad quedó revelada la vergüenza. Varias naves de

menor tamaño, unas cañoneras Thunderhawk con el casco azul volaban en formación alrededor del gran Stormbird dorado. Era una escuadra de escolta, de naves de vigilancia, no una guardia de honor. Los Ultramarines acompañaban al primarca de los Portadores de la Palabra hasta la superficie del planeta con la misma falta de delicadeza que llevarían a un prisionero a su ejecución.

Argel Tal entrecerró los ojos, y el sistema óptico del visor acercó la imagen en respuesta a su solicitud. La imagen se llenó de estática durante medio segundo, pero se ajustó con rapidez en cuanto las lentes ópticas enfocaron la nueva distancia de visión.

Todas y cada una de las torretas de armas de las cañoneras de los Ultramarines apuntaban hacia el casco dorado del Stormbird de los Portadores de la Palabra.

—¿Ves eso? —le preguntó a Xaphen por el comunicador.

—Es difícil no ver un insulto como ése —le contestó el capellán—. Si me lo contaran, diría que es mentira, pero lo estoy viendo con mis propios ojos.

Argel Tal observó que la trayectoria de aterrizaje de la nave la llevaba hacia el centro de la ciudad, y sin recibir orden o señal alguna, todos los portadores de la palabra que estaban cerca se dieron la vuelta y se encaminaron en la misma dirección que la gran nave artillada.

—Esto tiene todo el aspecto de ser un momento histórico —murmuró Xaphen—. Prepara tu alma, hermano. Controla tus humores.

El capitán jamás había oído aquella intranquilidad en la voz de Xaphen. Aquello no ayudaba precisamente a su frágil estado de calma.

—Respuestas —le contestó Argel Tal mientras consultaba en la pantalla retinal la munición de la que disponía y la temperatura de la mochila de energía de la armadura—. Respuestas, Xaphen. Eso es lo único que quiero.

Argel Tal y Xaphen encabezaron a la 7.^a Compañía en dirección al corazón de la ciudad y marcharon hasta el punto donde se reunía la legión.

Cien mil guerreros se mantenían en silencio bajo el sol del atardecer.

Cien mil guerreros en formación perfecta, con los bólters empuñados en los guanteletes grises y los cascos con la barbilla erguida en un gesto de orgullo. Cien mil pares de lentes oculares rojas miraban hacia adelante. Escuadra tras escuadra, dirigidas por sargentos. Compañía tras compañía, dirigidas por capitanes. Capítulo tras capítulo, dirigidos por sus señores.

Delante de cada compañía había un portaestandarte, con las banderas sostenidas bien en alto a pesar de que el polvo cubría casi todos los emblemas. El sargento Malnor era el portaestandarte del capítulo del Sol Serrado, y la bandera se alzaba junto a los pendones de combate de las tres compañías que lo componían, a los que eclipsaba en tamaño e importancia. Un círculo de bronce bruñido cubierto de pinchos era el reflejo del símbolo que rodeaba el ojo izquierdo de todos los guerreros, y del estandarte colgaban sesenta y ocho cráneos blanqueados del extremo de cadenas de hierro negro. Los cráneos eran tanto humanos como alienígenas, y cada uno de ellos había pertenecido a un gran paladín enemigo al que merecía la pena recordar de ese modo. La cuenca ocular izquierda de todos ellos también estaba rodeada por el símbolo del sol serrado pintado con sangre astartes y bendecido por los capellanes de las compañías.

Por encima de la legión allí reunida ondeaban estandartes similares. Chasqueaban bajo el viento, y los elementos decorativos que colgaban de ellos repiqueteaban componiendo una melodía siniestra cada vez que los estandartes ondeaban.

Argel Tal avanzó con los demás comandantes del Sol Serrado y dejaron atrás las ordenadas filas de sus guerreros. Su capítulo no se encontraba entre los más favorecidos por el primarca, ya que ese honor pertenecía a los capítulos de mayor tamaño y prestigio, con veinte compañías o más, pero a pesar de ello, sus rangos les otorgaban el derecho a colocarse en la fila de vanguardia de la legión allí reunida.

Mientras caminaba entre las filas de guerreros inmóviles, Argel Tal se conectó al canal de comunicación que le habían asignado a la 7.^a Compañía antes de descender al planeta.

—Manteneos firmes con orgullo, hermanos. Pronto nos llegará la iluminación del saber.

Una serie de diez chasquidos le confirmó que todos los sargentos de escuadra que tenía bajo su mando habían recibido el mensaje.

Varios capitanes los saludaron en voz baja por el comunicador. Los cascos y las hombreras mostraban con claridad a qué capítulos pertenecían.

Delante de ellos se encontraba el Stormbird dorado, rodeado por las seis cañoneras Thunderhawk de los Ultramarines. Los bordes de los fuselajes de ceramita se mostraban chamuscados en los puntos donde la temperatura se había elevado más durante el roce con la atmósfera a lo largo del descenso hacia la superficie del planeta.

Uno de los capitanes se salió de la fila. Dio un solo paso adelante, y Argel Tal notó el leve temblor del suelo cuando el guerrero golpeó el suelo con el pie.

El primer capitán Kor Phaeron se destacó entre sus hermanos, tal y como era su derecho. Iba equipado con una enorme armadura de exterminador, cuyas placas de blindaje con filigrana de plata relucían recién salidas de las forjas de Marte. Sólo la élite de la legión estaba equipada con ese tipo de armaduras, y eso le hacía superar en un metro de estatura a los capitanes de menor rango. Las capas de ceramita esculpidas reverentemente eran tan gruesas como el blindaje de un carro de combate. No llevaba más armas de las que tenía incorporadas la propia armadura: unos guanteletes de enorme tamaño rematados por unas garras que surgían de cada uno de los dedos. Las cuchillas eran tan largas y curvadas como las guadañas que se utilizaban para segar las cosechas en los mundos más primitivos del Imperio. Las hojas de las garras tenían integrados una serie de circuitos a lo largo de todo el filo. Eran los conductos de energía que transmitirían toda su increíble potencia destructiva al guantelete en cuanto el primer capitán lo deseara.

A diferencia de los demás capitanes allí reunidos, Kor Phaeron no llevaba puesto el casco, y lo justo era decir que ningún poeta o pintor podría retratar al primer capitán como un ser hermoso sin tomarse una gran licencia artística. Argel Tal se fijó en que las hojas de las garras resplandecían con una descarga de energía, una señal evidente de impaciencia. La expresión del rostro del primer capitán siempre era la misma: la mueca burlona de un individuo que no es capaz de ver nada que no sea amargura y cenizas por doquier. Era la única expresión que Argel Tal había visto siempre en su cara. A pesar de la impresionante armadura, el rostro de Kor Phaeron era delgado como el de un cadáver y pálido como el hueso, igual que en las distintas y escasas ocasiones en que los caminos de los dos capitanes se habían cruzado.

—Lo odio —le susurró Xaphen por el comunicador—. Lleva puesta esa armadura como un escudo para sus mil debilidades. Lo odio, hermano.

Argel Tal se mantuvo inmóvil, con el bólder cruzado sobre el pecho. Ya le había oído decir eso muchas veces al capellán, y no era capaz de ofrecer respuesta alguna que aplacara la cólera que sentía su amigo.

—Lo sé —le contestó con la esperanza de que Xaphen se quedara callado. No eran ni el lugar ni el momento adecuados para un comentario como aquél.

—No es uno de los nuestros, no es un hermano de batalla. Es un falso astartes. —Xaphen comenzó a quejarse como solía hacer, con un fervor que le hacía apretar los dientes de rabia—. Es impuro.

—No es el momento de sacar viejos rencores.

—Ésa es la clase de permisividad por la que jamás llegarás a empuñar un crozius —le contestó el capellán.

No era ningún secreto el nepotismo que había llevado a Kor Phaeron al rango de primer capitán. Había sido el consejero espiritual y el padre adoptivo del primarca durante los años de juventud que Lorgar había pasado fuera del Imperio, y había sido él quien había ayudado a moldear el carácter de aquel semidiós de un modo que su verdadero padre no había conseguido hacer. Se mantuvieron juntos durante los años de sacrificio y de revolución, a lo largo de las guerras sagradas que amenazaron con destruir Colchis antes de que ese mundo quedara unido por completo bajo el gobierno benevolente de Lorgar.

Cuando el Dios Emperador llegó un siglo antes a Colchis, le ofreció el mando de la XIII Legión a Lorgar, pero Kor Phaeron ya era demasiado mayor para recibir los implantes de órganos y las modificaciones genéticas que se realizaban en la pubertad y que eran necesarias para convertirse en un astartes. En vez de eso, mediante la cirugía rejuvenecedora, unos costosos implantes biónicos y un empleo limitado de la terapia genética, Kor Phaeron fue elevado por encima del común de los mortales como un gesto del enorme aprecio que el primarca sentía por él.

A pesar de trascender a su condición de simple humano, Kor Phaeron no había pasado a formar parte de las filas de verdaderos astartes. Argel Tal lo observó en ese momento: el ejemplo perfecto de un compromiso genético. Era el respeto lo que le hacía morderse la lengua, no la admiración.

Kor Phaeron escupió al suelo cubierto de cascotes. La saliva ácida siseó al corroer la piedra. Al ver aquel gesto, Argel Tal reabrió el canal de comunicación con Xaphen al dirigir un parpadeo a la runa del nombre de su hermano.

—¿Lo único que te molesta es la impureza del primer capitán? ¿No será también su absoluta carencia de la disciplina propia de nuestra legión, o que su lista de victorias deje pequeñas a la tuya y a la mía sumadas?

Xaphen soltó una breve risa, pero fue un sonido bajo y sin alegría alguna. Tenía el crozius en la mano y la cabeza del arma reposaba en el suelo.

—Está al lado del primarca en cada campaña, está al mando de la 1.^a Compañía, los mejores guerreros de la legión, eso sin contar que

lleva una armadura de exterminador. Habría que ser muy estúpido para fracasar con todo eso a favor.

—Hermano, lo he oído predicar. Y tú también. No me gusta, pero lo respeto. Habla de la Palabra con un conocimiento que nadie más posee, y esa sabiduría me llena de fuego la sangre. Organizó una victoria a escala planetaria cuando no era más que un simple sacerdote humano. No lo subestimes ahora.

La voz de Xaphen sonó más severa.

—La impureza no se puede perdonar.

—El primarca en persona lo escogió —le respondió el capitán a su vez con un tono de voz más duro—. ¿Eso no significa nada para ti?

—Nunca he dudado del buen juicio de nuestro padre —admitió a regañadientes el capellán.

Argel Tal notó que iba a decir algo más, pero Xaphen se calló de repente, como si hubiera captado una reconvención implícita en la desaprobación de su hermano.

—Preparaos —gruñó Kor Phaeron, y su voz profunda y rasposa contrastó con su aspecto cadavérico—. Llega el primarca.

Las palabras todavía estaban flotando en el aire cuando la rampa de proa, situada bajo la cabina del Stormbird dorado, comenzó a bajar accionada por los mecanismos hidráulicos ajustados a la perfección.

Argel Tal soltó una larga exhalación, lenta y tensa, y notó que el corazón primario le latía con más rapidez. Aunque no estaba en combate, el corazón secundario comenzó un lento contrapalpar en respuesta al martilleo del primario.

La figura descendió a solas por la rampa, y el capitán de la 7.^a notó que le picaban los ojos por las lágrimas de adoración que amenazaban con saltársele, a pesar incluso de que mantuvo la mirada fija en el suelo destrozado. No había visto a su primarca desde hacía casi tres años, y verse alejado de su luz, aunque fuera en nombre del más sagrado deber, era caminar en las sombras, carente de toda inspiración.

El comunicador resonó con el susurro de un número incontable de voces cuando los portadores de la palabra murmuraron el nombre de su padre. Muchos también dieron las gracias por la oportunidad de encontrarse una vez más ante su presencia. Por todos los canales de comunicación se oyeron una serie de cánticos susurrados que jamás pasaban del murmullo. Argel Tal fue uno de los pocos que se mantuvieron en silencio al principio y que agradecieron al destino su buena fortuna con una plegaria silenciosa.

Tres años. Tres largos años de luchar en la oscuridad mientras rezaba para que llegara ese momento. Todas las dudas, las preocupaciones y las sospechas provocadas por la orden de los Ultramarines quedaron borradas bajo el redoble de sus corazones.

La figura se detuvo. Argel Tal lo notó porque dejó de sentirse el golpeo de sus pasos sobre la tierra negra.

Sólo entonces habló. No dijo más que una palabra, un nombre utilizado muy pocas veces fuera del círculo que formaban los hijos guerreros que llevaban la sangre de Lorgar en sus venas y cuya misión era conquistar mediante el crozius y el bólter una galaxia ignorante.

—Aureliano —fue lo que dijo el capitán, y la palabra se perdió entre una multitud de susurros semejantes.

Argel Tal alzó por fin la mirada, y vio al hijo de un dios vivo de pie en mitad de aquella necrópolis.

TRES

LA SANGRE EXIGE SANGRE / SIGILITA / EL SEÑOR DE LA HUMANIDAD

El decimoséptimo primarca era conocido por muchos nombres a lo largo y ancho de la galaxia. Los mundos que su legión dejaba liberados a su paso lo llamaban el Ungido, el Decimoséptimo Hijo o, con más elegancia, el Portador de la Palabra.

Para sus hermanos primarcas era simplemente Lorgar, el nombre que le pusieron en su planeta natal, Colchis, durante los años de conflicto que precedieron a la llegada del Emperador.

Sin embargo, al igual que muchos primarcas, tenía un título informal, un término respetuoso utilizado a menudo por las dieciocho legiones. A Fulgrim, de la III Legión, se le llamaba de forma cortés el Fénix, y Ferrus Manus, de la X Legión, era el Gorgon, mientras que el señor de la XVII era el Urizen, un nombre sacado de unos textos casi olvidados de un mito antiguo de Terra.

Ni uno solo de los cien mil guerreros allí reunidos pronunció ninguno de aquellos nombres. La legión de los Portadores de la Palabra se encontraba allí al completo, y aquella increíble fuerza de combate se mantenía ordenada en filas perfectas mientras todos y cada uno de sus hijos pronunciaban su nombre con murmullos sibilantes, como si recitaran una invocación.

«Aureliano», musitaron todos al mismo tiempo. Lorgar Aureliano, Lorgar el Dorado. Así era como llamaban sus hijos elegidos a su padre.

El decimoséptimo primarca volvió la mirada hacia el mar de guerreros de armadura gris que habían sido creados para cumplir sus órdenes. Dio la impresión de que se detenía unos momentos ante la inmensidad de lo

que estaba contemplando. Los que se encontraban más cerca de él vieron el fuego que le iluminó la mirada.

—Hijos míos —les dijo, acompañando las palabras con una sonrisa impregnada de pena—. Me llena de ánimo verlos a todos juntos.

Contemplar a uno de los hijos del Dios Emperador era sumergirse en la visión de la perfección. Los sentidos humanos, incluso las capacidades sensoriales creadas en laboratorio que poseían los guerreros astartes, tuvieron que esforzarse por procesar completamente lo que veían en ese instante. Cuando Argel Tal vio por primera vez a Lorgar era un chico que todavía no había cumplido los once años, y sufrió pesadillas llenas de confusión y dolor durante un mes.

Los apotecarios de la legión encargados de los reclutas infantiles estaban preparados para aquello. Turyon, el apotecario que supervisó las diversas cirugías de implantes de Argel Tal durante su pubertad, le explicó ese fenómeno en una de las diminutas celdas de aislamiento que ocupaban los acólitos de la legión durante su etapa de formación.

—Las pesadillas son algo natural y desaparecerán con el tiempo. Tu mente tiene que aceptar lo que ha visto.

—No estoy muy seguro de lo que he visto —admitió el muchacho.

—Lo que has visto es al hijo de un dios. Es algo que no deberían ver las mentes y los ojos de los seres humanos normales. Tardarás algún tiempo en acostumbrarte.

—Me duelen los ojos cuando los cierro. Me duele cuando lo recuerdo.

—Ese dolor no durará eternamente.

—Quiero estar a su servicio —declaró el muchacho de once años, todavía tembloroso a causa de las pesadillas nocturnas—. Le serviré fielmente, lo juro.

Turyon se había limitado a asentir, y luego le había contado las numerosas pruebas letales que tendría que superar antes de convertirse por completo en un astartes. Argel Tal no le había prestado atención, al menos no aquel día, mientras la débil luz del amanecer de Colchis se filtraba a través de la única ventana de la celda.

Todavía pensaba a menudo en Turyon. El apotecario había muerto cuarenta años antes, y Argel Tal conservaba un recuerdo de aquella batalla. Seguía sin ser capaz de sostener la hoja afilada y rota del arma alienígena sin que lo asaltara el recuerdo de la garganta cortada de Turyon.

La verdad era que ése era el motivo por el que la había guardado. Para recordar. Quizás era una costumbre algo morbosa, algo por lo que los

capellanes a menudo lo reprendían. Conservar las armas que habían matado a sus hermanos era una señal clara de una mente perturbada.

Argel Tal alzó la vista.

—La sangre exige sangre —dijo Lorgar a los guerreros reunidos en la tumba llena de cráteres en la que se había convertido Monarchia—. La sangre exige sangre.

Como siempre hacía cuando se encontraba en presencia de su padre, Argel Tal se esforzó por fijarse en los pequeños detalles individuales para evitar ver por completo la presencia de su padre genético.

Lorgar tenía los ojos del mismo color gris que el cielo invernal de Colchis, y los llevaba rodeados de kohl, lo que hacía que destacaran más contra la piel del primarca, una piel que parecía completamente dorada a todos aquellos que no llevaran puesto un visor.

Las lentes ópticas del casco de Argel Tal filtraron la luz exterior hasta convertirlo todo en un esquema táctico de color apagado, pero sin perder ningún detalle del entorno. Distinguió con claridad los miles de glifos individuales de Colchis grabados con tinta dorada en la piel blanca del primarca. Se decía que aquellos tatuajes de escritura cuneiforme cubrían la mayor parte del cuerpo de Lorgar. Lo que sin duda le cubrían era todo el rostro formando unas líneas perfectas y muy pegadas entre sí que iban desde el cráneo rapado hasta la mandíbula, y cada frase era una plegaria llena de devoción, una esperanza profética respecto al futuro o la invocación de fuerza a un poder mayor que el suyo.

Esa escritura continuaba sobre las placas doradas de su armadura, grabadas con ácido en su superficie reluciente. A pesar de toda su majestuosidad, el decimoséptimo primarca no mostraba su grandeza mediante un equipo de combate ceremonial. Su armadura era dorada, pero no tenía más adornos de los que mostraban las que llevaban puestas sus capitanes, del tipo Mark III. Los papeles de juramento y los pergaminos votivos que llevaba fijados a la placa pectoral y a las hombreras no narraban las hazañas gloriosas del primarca, sino que mostraban los votos que le había hecho a su padre y la devoción que sentía en su servicio a los ciudadanos del Imperio.

—Y a esto hemos llegado —dijo el primarca sin alzar en ningún momento la voz más allá de un susurro, ya que no le hacía falta. Sus palabras llegaban hasta los oídos de sus hijos más cercanos, quienes se encargaban de retransmitirlas de inmediato por el comunicador a las filas posteriores de guerreros.

—Y a esto hemos llegado —repitió Lorgar—, y a pesar de eso, nos hacen esperar las respuestas que nos merecemos.

Ningún lingüista humano sería capaz de transmitir la confianza feroz y apasionada que exudaban las palabras de Lorgar. Sus labios finos estaban curvados en la sonrisa a medias propia de un poeta vehemente y apasionado a pesar de encontrarse en la tumba de su mayor logro. Tenía los guanteletes de la armadura cerrados, en puños, y aquellos puños dorados parecían reticentes a alzar el arma que aferraban, un crozius del tamaño de un astartes.

Illuminarum era el único detalle de grandiosidad que se permitía el primarca. El mango del arma era del marfil de mayor calidad, que a su vez estaba reforzado por una empuñadura de hierro negro. La cabeza del crozius era un orbe de adamantio de superficie oscura debido al trabajo del maestro forjador y decorada con runas de plata. La superficie estaba cubierta de pinchos del tamaño de un brazo humano colocados de forma espaciada y regular entre sí, lo que confería a la maza un aspecto brutal que contrastaba con el individuo filosófico que la empuñaba a través de las estrellas.

A pesar del trabajo soberbio que había supuesto su forja, el crozius de Lorgar era ostentoso y carente de toda belleza. Su portador había hecho arder mundos enteros, y cada uno de los capellanes de la Legión de los Portadores de la Palabra empuñaba un arma equivalente, aunque de menor valía.

Todos los hijos de Lorgar, incluso aquellos que habían pasado años lejos de él, captaron de inmediato la inquietud que embargaba a su padre. El primarca miró una y otra vez hacia las Thunderhawk de los Ultramarines, posadas en tierra, a la espera de alguna señal que indicara que alguien iba a salir de ellas. Alrededor de su sonrisa de poeta se adivinaba una leve sombra de barba sin afeitar, algo que Argel Tal nunca había visto en el primarca, siempre tan pulcro.

Lorgar acabó dando la espalda a sus hijos y miró fijamente a las cañoneras imperturbables. Su susurro se extendió por toda la legión.

—Guilliman, hermano de sangre pero no de corazón, sal de una vez para responder por esta locura.

Las rampas de todas las cañoneras comenzaron a bajar al unísono en un gesto teatral. La legión oyó el último susurro de su padre cuando los Ultramarines aparecieron por fin.

—Portadores de la Palabra, estad preparados y atentos a cualquier signo de traición —dijo, y murmuró aquel aviso con la misma suavidad que una serpiente se deslizaría sobre una tela de seda.

Eran tan sólo cien guerreros los que se encontraban frente a los cien mil portadores de la palabra. Una única compañía de ultramarines había aterrizado en el planeta junto a su primarca y se enfrentaba a aquel océano de armaduras grises. A pesar de la gravedad del momento, Argel Tal no tuvo muy claro si debía sentirse perplejo ante aquel gesto o simplemente insultado. Decidió dejarse llevar por ambos sentimientos, que se vieron acompañados por una creciente irritación.

—La 19.^a Compañía —le informó Xaphen por el comunicador mientras observaba el estandarte ultramarine que ondeaba bajo la débil brisa. En la tela se veía un caballo blanco alzado sobre las patas traseras con una crin llameante y una serie de números debajo—. Es curioso.

Argel Tal contempló el caballo blanco ondeando al viento e intentó adivinar el motivo por el que era esa compañía la que acompañaba al primarca. La compañía Aethon, la 19.^a de Ultramarines, era muy conocida por muchos que no pertenecían a la legión de Guilliman. El propio Aethon en persona había dirigido una flota expedicionaria lejos de su primarca, y se rumoreaba que era un embajador severo y un diplomático astuto. Fuera cual fuese la verdad, al capitán se le habían encomendado una responsabilidad y una capacidad de actuación independiente mucho mayores de las que la mayoría de astartes podían vanagloriarse.

—Reciben ese nombre de un caballo que echaba llamas por la boca en la antigua mitología de Macragge —le apuntó Xaphen—. Aethon era el nombre de uno de los caballos que tiraban del carro del dios solar para hacerle cruzar el cielo.

Argel Tal contuvo el impulso de negar con la cabeza.

—Con todo el respeto, hermano, me trae sin cuidado todo eso.

—El conocimiento es poder —le replicó el capellán.

—¡Concéntrate! —le espetó a su vez el capitán—. Ya has oído al primarca.

Xaphen le envió una señal de recibido por el comunicador: un único pitido de estática.

La rampa de la última cañonera terminó de bajar sostenida por los pistones rodeados de vapor. Argel Tal se mantuvo inmóvil, con los músculos casi agarrotados por la tensión, mientras el decimotercer primarca descendía rodeado de una guardia de honor y acompañado de...

—No —musitó el capitán, y el asombro lo dejó sin respiración.

—Por la sangre del Dios Emperador —murmuró Xaphen.

Lorgar, que se encontraba delante de ellos, sonrió con un gesto agrio.

—Malcador el Sigilita.

Junto al primarca, protegido por su armadura azul y perla, caminaba un individuo vestido con una sencilla túnica. El Primer Señor de Terra, con un aspecto humano y tremendamente frágil al lado de la enorme sombra de Guilliman, empuñaba un cayado de metal negro rematado por un águila bicéfala del que colgaban unas cadenas que tintineaban.

Ambos mostraban un contraste absoluto: mientras que Guilliman era muy corpulento, el cuerpo del Sigilita era extremadamente delgado. Las placas de la armadura del primarca tenían el color azul de los antiguos océanos de Terra, desecados muchos siglos atrás. Eran el eco de una época legendaria, y sus rebordes de oro y madreperla centelleaban bajo la luz de la luna que salía por el horizonte.

—¿Qué clase de locura es ésta? —gruñó Kor Phaeron con una voz demasiado cargada de emoción como para disimular.

—Tranquilo, amigo mío —murmuró Lorgar, aunque el primarca no apartó la mirada de la fila de guerreros que tenía delante—. No tardaremos en tener las respuestas que buscamos. Capitanes, un paso adelante.

Al oír la orden, cien capitanes avanzaron con los bólters y las espadas en las manos, y un centenar de capellanes, con los rebordes dorados y los crozius que indicaban su rango, se mantuvieron un paso por detrás de ellos. A la espalda de los capellanes se alineaban cien mil portadores de la palabra que formaban en posición de firmes a pesar de lo desigual que era el terreno bombardeado que pisaban.

Argel Tal apartó la mirada de Guilliman. Era tan difícil contemplar impasible el rostro del señor de Macragge como el de su propio padre. Lo más duro era mirar sus ojos. En ellos no había duda, cálculo o curiosidad, nada que indicase una emoción humana. Aquella cara parecía esculpida directamente en una piedra oscurecida por el sol. Era la dignidad encarnada.

El capitán de la 7.^a contuvo un estremecimiento y se volvió hacia el Sigilita. Era demasiado humano como para tenerle miedo, pero también demasiado influyente como para hacer caso omiso de su presencia. Era la mano derecha del Emperador, y su confidente más próximo.

Y estaba allí.

Allí, y al parecer, en una actitud que apoyaba la destrucción llevada a cabo por los Ultramarines en la ciudad perfecta. Argel Tal aferró con más fuerza la empuñadura del bólter.

—Hermano —lo saludó Lorgar, y lo hizo con una voz aparentemente tranquila que casi ocultaba por completo el temblor provocado por la

angustia que sus hijos sabían que recorría todo su ser—. Malcador. Bienvenidos a Monarchia.

Nada más decir aquellas últimas palabras, señaló con un barrido del brazo la devastación que los rodeaba, y en su hermoso rostro apareció una expresión mezcla de burla y asco.

—Lorgar.

La voz de Guilliman retumbó como un trueno lejano, pero no dijo nada más aparte del nombre de su hermano.

Argel Tal entrecerró los ojos al notar la absoluta neutralidad del tono de voz del primarca, carente de todo atisbo de emoción. Había visto autómatas de la Legio Cibernética que mostraban más rasgos de humanidad que el primarca de los Ultramarines.

—Primarca Lorgar —dijo Malcador al mismo tiempo que le hacía una leve reverencia a modo de saludo—. A todos nos appena reunirnos en estas circunstancias.

El guerrero dorado dio un paso adelante con el crozius apoyado en el hombro.

—¿De verdad? ¿Nos appena a todos? No pareces apenado, hermano.

Guilliman no dijo nada. Lorgar dejó de mirarlo tras unos largos segundos y se volvió hacia el Sigilita.

—Respuestas, Malcador. —Dio otro paso hacia adelante. Ya se encontraba a mitad de camino entre su legión y los cien ultramarines—. Quiero respuestas. ¿Qué es lo que pasó aquí? ¿Qué clase de locura se ha permitido que ocurra sin oposición alguna?

El Sigilita se bajó la capucha y dejó al descubierto un rostro tan pálido que rozaba una blancura enfermiza.

—¿No eres capaz de adivinarlo, Lorgar? —El humano movió la cabeza en un gesto que parecía de pesar—. ¿De verdad que todo esto te sorprende?

—¿Contéstame! —rugió el primarca.

Los ultramarines parecieron encogerse, y varios alzaron las armas que empuñaban por el sobresalto.

Lorgar extendió los brazos a los lados para abarcar una segunda vez toda la devastación que los rodeaba, y de su boca salieron disparadas gotas de saliva cuando rugió de nuevo.

—¡Quiero que me contestes por todo lo que ha ocurrido aquí! ¡Te lo exijo!

—¿Qué hacemos? —preguntó Xaphen por el comunicador—. ¿Qué... qué está pasando?

Argel Tal no le contestó. De repente, el bólter y la espada le pesaban

mucho en las manos. Miró a los ultramarines, que mostraban a las claras la sorpresa que los embargaba. Aunque no habían roto filas, era evidente que se sentían inquietos. Y no era de extrañar.

—¿Qué le habéis hecho a mi ciudad? —Esta vez Lorgar habló con un susurro sibilante que acompañó con una falsa sonrisa.

—No estaba sometido. —Malcador habló con lentitud, paciente-mente—. Ni esta cultura ni el planeta estaban...

—¡¡Mentiroso!! ¡¡Blasfemo!! ¡Era un modelo de obediencia!

En ese momento, varios ultramarines se apartaron un poco, y Argel Tal se fijó en que se miraron entre sí llenos de confusión. Un revuelo de voces cruzó los canales de comunicación cuando los portadores de la palabra captaron los mensajes que intercambiaron los ultramarines, embargados por el nerviosismo. Tan sólo Guilliman pareció no sentirse afectado. Hasta el propio Malcador tenía los ojos abiertos de par en par al mismo tiempo que se aferraba a su báculo de mando mientras hacía frente a la ira del primarca.

—Lorgar...

—¡Proclamaban el nombre de mi padre por las calles!

—Lorgar, lo que hacían era...

—¡Lo honraban a cada amanecer! —Lorgar se acercó un poco más y fijó la mirada de sus ojos enloquecidos en el consejero de su padre igual que si fueran retículas de puntería—. ¡Contéstame, humano! ¡Cómo justificas esto, si había estatuas del Emperador que adornaban cada esquina y plaza de esta urbe!

—Lo adoraban. —Malcador alzó la cabeza, ya que medía la mitad que cualquiera de los dos primarcas—. Lo veneraban—. Miró atentamente a Lorgar en busca de alguna muestra de comprensión en el rostro dorado de aquel gigante. Al no ver ninguna, inspiró profundamente y se limpió de la mejilla una gran gota de saliva del primarca—. Lo idolatrabán como si fuera un dios.

—¿Así es como justificas lo ocurrido? —Lorgar dejó caer el crozius al suelo destrozado con un fuerte ruido sordo. Bajó la mirada a las manos, y cerró los dedos formando unas garras con las que parecía dispuesto a sacarse los ojos—. ¿Te... te atreves a mostrarte en mitad de las ruinas de la perfección y proclamar que esta ciudad fue destruida sin motivo alguno? ¿Has recorrido toda la galaxia para demostrarme que has perdido esa frágil cabeza mortal?

—Lorgar... —empezó a decir de nuevo el Sigilita, pero el resto de la frase no llegó a salir de sus labios.

Malcador se desplomó silenciado por el golpe que Lorgar le propinó con el revés de la mano y que lo lanzó hacia un lado. Todos los guerreros cercanos oyeron el crujido seco de los huesos al romperse, y Malcador se estrelló contra el suelo rocoso a veinte metros de distancia, donde se detuvo en mitad del polvo tras rodar un trecho sobre sí mismo.

Lorgar quedó frente a frente con su hermano y dejó los dientes al descubierto en una mueca de amenaza ante el rostro impasible de Guilliman.

—¿Por... qué... lo... hiciste?

—Me lo ordenaron.

—¿Este gusano te lo ordenó? —Lorgar se echó a reír al mismo tiempo que señalaba con una mano el cuerpo caído de Malcador—. ¿Esa lombra? —El primarca de los Portadores de la Palabra negó con la cabeza y se volvió hacia sus guerreros para reunirse con ellos—. Pienso llevarme la legión a Terra e informar en persona a nuestro padre de la... locura que se ha producido aquí.

—Ya lo sabe.

Era la voz de Malcador. Se puso en pie sobre unas piernas temblorosas y se esforzó por pronunciar las palabras a través de sus labios sangrantes. Guilliman inclinó la cabeza una fracción, y aquel leve gesto fue suficiente para que dos de los ultramarines acudieran en ayuda del consejero del Emperador. Malcador acabó de ponerse en pie, aunque encorvado por el dolor, y ordenó con un gesto que se alejaran a los dos ultramarines que se aprestaban a ayudarlo. Luego extendió un brazo, y el báculo salió disparado del suelo, a una docena de metros de su propietario, y acabó en la palma de su mano.

—¿Cómo? —le preguntó Lorgar, confuso, sin estar seguro de si había oído bien—. ¿Qué es lo que has dicho?

El Primer Señor de Terra, herido, cerró los ojos y se apoyó en el báculo que indicaba su rango para utilizarlo como una muleta.

—He dicho que lo sabe. Tu padre lo sabe.

—Mientes. —Lorgar apretó de nuevo los dientes y comenzó a respirar con jadeos cortos y superficiales—. Mientes, y tienes suerte de que todavía no te haya matado por tu blasfemia.

Malcador no discutió. En vez de eso, cerró los ojos otra vez, alzó la cabeza hacia el cielo y habló sin emitir sonido alguno. Todos los portadores de la palabra, todos los ultramarines, todos los seres vivos presentes en un radio de diez kilómetros oyeron la voz psíquica del consejero palpitando en su mente, tal era el poder de aquel psíquico.

No quiere hacer caso, mi señor. A mí, no...

Lorgar se quedó inmóvil de inmediato, con las manos a un milímetro del crozius que había dejado en el suelo. Guilliman realizó el movimiento de cabeza más amplio desde que había bajado y apartó la mirada del primarca dorado, pero no por asco o desprecio hacia su hermano, como Argel Tal pensó en un principio, ya que su rostro siguió sin mostrar expresión alguna. Era un gesto simplemente para protegerse los ojos.

Malcador mantuvo cerrados los suyos mientras seguía encarado hacia el cielo, hacia las naves que se encontraban en órbita.

Lorgar comenzó a retroceder.

—No, no, no... —casi sin voz, como si las palabras apenas susurradas fueran capaces de detener el destino de alguna manera.

El mundo que los rodeaba estalló en una llamarada de luz.

El desplazamiento de aire provocó un estampido muy cercano a la rotura de la barrera del sonido, pero no fue eso lo que hizo trastabillar a Argel Tal. Ya había visto en otras ocasiones el uso de la tecnología de teletransportación, y había viajado mediante ese sistema tan exclusivo algunas veces, y el sonido quedó filtrado hasta quedar rebajado a unos niveles tolerables por los sistemas de percepción de su casco.

Tampoco fue la luz del destello provocado por la teletransportación lo que le hizo apartar la mirada. Aquello también hubiera quedado amortiguado por los sensores internos de la armadura, que habrían oscurecido de inmediato las lentes oculares del casco.

Pero había quedado cegado, cegado por un brillo dorado, semejante al resplandor ardiente del metal fundido.

El canal de comunicación aulló con las voces de miles de sus hermanos que padecían el mismo sufrimiento. Sin embargo, aquellas voces resonaban apagadas y casi se perdían en una tormenta de sonidos que no debían existir. No se trataba de un fallo del comunicador. Todo estaba en su cabeza. Era un rugido de olas que resonaban con la fuerza suficiente como para hacer que se tambaleara.

Ciego y casi sordo, Argel Tal sintió que el bólter se le escapaba entre los dedos. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en pie.

Lorgar Aureliano no vio nada de aquello.

No vio la cegadora luz dorada, ni tampoco sintió el ensordecedor rugido psíquico.

Lo que vio fueron seis figuras agrupadas. No reconoció a cinco de ellas, pero a la sexta sí. Detrás de ellas, los ultramarines, que no se habían visto tan afectados como los portadores de la palabra, se habían puesto de rodillas en una serie de filas ordenadas. Tan sólo Guilliman y el Sigilita permanecían de pie.

Lorgar se volvió de nuevo hacia los seis. Cinco de ellos rodeaban a la figura que había reconocido, y aunque no conocía sus nombres, sabía quiénes eran. Llevaban armaduras doradas de decoración muy recargada, y unas largas capas de regio color escarlata les colgaban de los hombros. Aquellas manos que jamás temblaban empuñaban unas grandes alabardas rematadas por pesadas hojas plateadas.

Custodios. Los guardianes del Emperador.

Lorgar miró a la sexta figura, que no era más que un hombre. A pesar del vigor que mostraba, las arrugas de la edad indicaban el paso del tiempo por unos rasgos que eran al mismo tiempo severos y amables. El aspecto del individuo dependía por completo de la faceta de su rostro en la que uno se fijara. Parecía un hombre envejecido y cansado y a la vez la estatua de un héroe inmortalizado en la flor de la vida. Era un señor de la guerra joven y resuelto con unos ojos de expresión helada y un anciano confuso que se encontraba al borde de las lágrimas.

Lorgar se concentró en aquellos ojos, y vio el calor del amor en su interior. El hombre parpadeó con lentitud, y cuando abrió los ojos de nuevo, su mirada era fría, cargada por el hielo de la decepción que se entremezclaba con la escarcha del disgusto.

—Lorgar —dijo el hombre con una voz suave pero poderosa que se perdía entre en el paisaje indescifrable que se extendía entre el odio y la bondad.

—Padre —le respondió Lorgar al Emperador de la Humanidad.